

A PROPOSITO DE LAS RELACIONES PERSONALES EN EL TRABAJO

Es superficial e injusto ver en las relaciones personales un simple medio para el trabajo; precisamente el trabajo debe estar al servicio de las relaciones personales. Estas tienen que proyectar hacia Dios toda la vida humana, y, al concretarse en amor generoso y eficaz a El y a los hombres, dar valor de espíritu a las realidades terrenas. La educación genuina se reduce, en último término, a formar en y para relaciones personales, y de este modo va suprimiendo las raíces de la entera cuestión social.

Solución difícil.

Resulta cómodo creer que la doctrina social católica es ineficaz; y ¿qué educador no ha sentido alguna vez tentación de creerlo? Es cómodo y quizá no del todo falso: con ello se evitan inquietudes, acudiendo siquiera a razones parciales. Si es dudosa la eficacia, y más cuando la juzgamos ilusoria, los débiles nos vemos libres del apremio que obliga sin indulgencia a actuar.

La inacción ¿no es precisamente uno de los fines que más apetecemos? Hasta cabe sospechar que la doctrina social católica se nos muestre ineficaz... por no ir orientada a ese fin; no permite vivir inactivo, y nosotros quizá busquemos principalmente, sin atrevernos a confesarlo, la tranquilidad egoísta. Con facilidad los motivos más acariciados se ocultan, ante la conciencia, bajo el ropaje de otros más elevados y puros.

Tal parece ocurrir en el presente caso. Damos por supuesto que nuestra aspiración va derecha a un mundo sin odios ni injusticias, regido y penetrado por el amor de caridad; pero, a menudo, lo que realmente más nos preocupa, es el propio bienestar. Quisiéramos una eficacia que, en lugar de exigir esfuerzo, garantizase nuestra comodidad y la envolviera en esplendor de vida santa y paradisíaca. Ciertamente, la doctrina social católica no reúne estas condiciones; de ahí la tendencia a juzgarla ineficaz y a procurar por otros medios lo que interesa al egoísmo.

El cristianismo no admite evasión frente a las cuestiones decisivas; para resolverlas, pide que el hombre despliegue energías profundas. Nuestra religión no es mecanismo productor de soluciones y tampoco placentera u orgullosa anarquía del vivir; es actividad interior y exterior que se entrega generosa bajo el influjo de Dios e imitándole. Tan solo así, a través de actividad generosa y más divina que humana, logran verdadera y total solución los problemas humanos.

Invasión mecanicista.

El hombre suele empeñarse en no proceder como persona. Ser persona es disponer de libertad y verse precisado a elegir y trazar camino; un camino que nos lleve a la plenitud del bien, a Aquel que es el Bien. Pero esa libertad es gravosa para hombros flacos que rehúsan consolidarse; nada extraño, pues, que se renuncie a ella, para seguir de modo inerte el atractivo del placer, del antojo o de la obstinación vana.

Esta alienación espiritual es por demás notoria en la vida de trabajo. Diríase que el hombre —empresario u obrero— situado en las condiciones laborales del tiempo actual, es arrastrado sin remedio por algo que destroza los genuinos valores personales; el automatismo trata de invadir todos los reductos del alma. Tendríamos que ser remanso de verdad y amor, pronto a ofrecer limpio caudal de energías ennoblecedoras; y lo que hacemos, es más bien absorber, secar y secarnos. Por lo común, el lucro es para el capitalista fin superior a toda ley moral; y el proletariado, muchas veces, todo lo subordina a la satisfacción de necesidades perentorias, sí, pero sólo materiales. ¿Cómo serán las relaciones de personas que se rigen por tales principios?

Para nosotros, educadores.

No es lícito al educador desconocer hechos de tanta gravedad. Rehuirlos bajo pretexto de que al adolescente le falta madurez para calar en ellos, es eludir una obligación ardua, pero mucho menos ardua que estricta. El educando ha de capacitarse para que ni el bienestar material ni forma alguna de egoísmo sean el principal móvil de sus actos; mas, debido a la importancia del trabajo en la vida, la educación carece de algo esencial, y aun quizá sea del todo estéril, si no fructifica en amor generoso que, progresivamente,

se adapte a las relaciones laborales del adulto y vaya disponiéndose a ser norma y alma de ellas.

Este objetivo de la educación puede alcanzarse y debe ser alcanzado. Entre el niño y el adulto no hay completa separación de intereses, de recursos ni de obligaciones. Al afirmar que el niño no es hombre en fase preparatoria, se dice verdad, mas también suele incurrirse en error. La infancia tiene valor en sí, no menos que la edad adulta: el valor de la persona humana. Hasta vemos a diario cómo tal valor se realiza más puro y completo en el niño que en hombres maduros. Pero, si antes de la muerte ninguna etapa del vivir es definitiva, con especial razón se mira la infancia cual período transitorio. Ella anuncia las demás fases evolutivas de la persona y tiene que asegurarles, poco a poco, orientación justa; no solo dentro del marco general que encierra los fines de la educación, sino igualmente en el terreno peculiar del trabajo.

Sin duda, el trabajo de los niños y adolescentes es muy otro que el de los mayores; pero el sentido y la nobleza que han de avalorar este último, no se logran sin primero esbozarse e ir penetrando en aquél. Es necesario que, a través de la educación, procuremos llegar al núcleo mismo de la vida laboral y darle valor y virtualidad auténticos. Ahora bien, para conseguirlo, el mejor y aun el único medio de que el educador dispone, es formar a los discípulos en y para relaciones personales; más todavía, esa formación no es simple medio, sino fin, y precisamente, como podremos observarlo, el verdadero fin de toda educación.

El adulto, al trabajar, produce bienes; y merced a ellos, ha de alcanzar los recursos materiales que necesita para subsistir dignamente. Pero su trabajo no es mera producción material; el hombre supera sin medida a las máquinas, porque piensa y quiere. También el niño y el joven producen bienes materiales; mas la semejanza de su trabajo con el de los adultos está sobre todo en que uno y otro son, aunque en distinto grado, fruto del pensar y el querer. Esa actividad de las facultades superiores fecunda el trabajo y lo enriquece, pues le da el valor del espíritu; pero sólo por el camino de relaciones personales. Así, dichas relaciones unen el trabajo, ya en la fase infantil, al del adulto, y permiten al educador ennoblecer entrambos al influir en aquél; porque de ellas nace lo mejor de nuestra actividad, desde la niñez y durante toda la vida.

¿Vivir para algo o vivir para Alguien?

Es lamentable dejar en olvido, como sucede a menudo, ese carácter «personal» que penetra los aspectos más divinos de la actividad humana. El hombre no piensa ni quiere de modo que lo irreal llegue a saciarle; ni es posible colmar nuestras aspiraciones con lo real pero impersonal; ni, en fin, tampoco basta lo personal que no es del todo e infinitamente persona, o sea, plenitud de Verdad y Amor.

Nótese que el deseo inevitable de tal plenitud no es sólo tendencia a la felicidad, sino también, y más radicalmente aún, a la perfección del ser humano; o sea, a la entrega unitiva, indefectible y absoluta del hombre a Dios. El camino que se nos abre es, pues, seguro: educamos al dirigir y cultivar en los niños y jóvenes lo más genuino de las relaciones personales. A nuestros educandos les es preciso captar la grandeza y hondura de la inclinación que exige no vivir sólo para algo, sino para alguien y, en definitiva, para Aquel que es el Bien sumo; y les es preciso, además, aprestarse contra lo que amenaza torcer esa inclinación o dificultarla. He ahí, en resumen, el problema que el educador debe plantearse y resolver.

No es artificioso formular así el problema educativo. Mientras se vive sólo para «algo», ni se logra el fin de la educación ni hay cómo avanzar hacia él. Por otra parte, subordinar las decisiones, en último término y únicamente, a lo *mío* del propio bien, es vivir para algo, no para alguien; e igual ocurre, si no se ama a quien Dios ofrece cabida en la perfección y gozo infinitos, es decir, a alguna de las personas no reprobadas por El. Nadie es persona, sino porque Dios le da el ser en un grado cuya culminación es Dios mismo. La persona queda frustrada, en tanto que no se aproxime a El por el conocimiento y el amor; y solo existe por apoyarse en quien de tal manera le atrae a Sí. Esa vinculación explica que el ser humano se pierda al vivir centrado en los propios bienes: no halla entonces lo personal, porque permanece, atado y ciego, al nivel de las cosas materiales, sin proceder como persona. Repetimos el abuso, al despreocuparnos de quienes Dios ama y, más todavía, al odiarles: aquí lo personal es de nuevo profanado y destruido por lo egoísta, o sea, por algo que recluye en la finitud contraria a lo más indispensable de la persona.

Ver de esta forma la educación, no es evadirse; es afinarse en lo esencial del proceso educativo. No se trata de evitar los medios y soñar en fines irrealizables, ni de tender al fin general sin cuidar de otros, más inmediatos y concretos.

En las disposiciones y actos tiene que prevalecer lo más valioso de la persona; y perseguir este objetivo, es estrechar relaciones que, desde el educando, abracen a todos los hombres en Dios, amado cual Creador y Padre. Pero en dichas relaciones ha de haber

se adapte a las relaciones laborales del adulto y vaya disponiéndose a ser norma y alma de ellas.

Este objetivo de la educación puede alcanzarse y debe ser alcanzado. Entre el niño y el adulto no hay completa separación de intereses, de recursos ni de obligaciones. Al afirmar que el niño no es hombre en fase preparatoria, se dice verdad, mas también suele incurrirse en error. La infancia tiene valor en sí, no menos que la edad adulta: el valor de la persona humana. Hasta vemos a diario cómo tal valor se realiza más puro y completo en el niño que en hombres maduros. Pero, si antes de la muerte ninguna etapa del vivir es definitiva, con especial razón se mira la infancia cual período transitorio. Ella anuncia las demás fases evolutivas de la persona y tiene que asegurarles, poco a poco, orientación justa; no solo dentro del marco general que encierra los fines de la educación, sino igualmente en el terreno peculiar del trabajo.

Sin duda, el trabajo de los niños y adolescentes es muy otro que el de los mayores; pero el sentido y la nobleza que han de avalorar este último, no se logran sin primero esbozarse e ir penetrando en aquél. Es necesario que, a través de la educación, procuremos llegar al núcleo mismo de la vida laboral y darle valor y virtualidad auténticos. Ahora bien, para conseguirlo, el mejor y aun el único medio de que el educador dispone, es formar a los discípulos en y para relaciones personales; más todavía, esa formación no es simple medio, sino fin, y precisamente, como podremos observarlo, el verdadero fin de toda educación.

El adulto, al trabajar, produce bienes; y merced a ellos, ha de alcanzar los recursos materiales que necesita para subsistir dignamente. Pero su trabajo no es mera producción material; el hombre supera sin medida a las máquinas, porque piensa y quiere. También el niño y el joven producen bienes materiales; mas la semejanza de su trabajo con el de los adultos está sobre todo en que uno y otro son, aunque en distinto grado, fruto del pensar y el querer. Esa actividad de las facultades superiores fecunda el trabajo y lo enriquece, pues le da el valor del espíritu; pero sólo por el camino de relaciones personales. Así, dichas relaciones unen el trabajo, ya en la fase infantil, al del adulto, y permiten al educador ennoblecer entrambos al influir en aquél; porque de ellas nace lo mejor de nuestra actividad, desde la niñez y durante toda la vida.

¿Vivir para algo o vivir para Alguien?

Es lamentable dejar en olvido, como sucede a menudo, ese carácter «personal» que penetra los aspectos más divinos de la actividad humana. El hombre no piensa ni quiere de modo que lo irreal llegue a saciarle; ni es posible colmar nuestras aspiraciones con lo real pero impersonal; ni, en fin, tampoco basta lo personal que no es del todo e infinitamente persona, o sea, plenitud de Verdad y Amor.

Nótese que el deseo inevitable de tal plenitud no es sólo tendencia a la felicidad, sino también, y más radicalmente aún, a la perfección del ser humano; o sea, a la entrega unitiva, indefectible y absoluta del hombre a Dios. El camino que se nos abre es, pues, seguro: educamos al dirigir y cultivar en los niños y jóvenes lo más genuino de las relaciones personales. A nuestros educandos les es preciso captar la grandeza y hondura de la inclinación que exige no vivir sólo para algo, sino para alguien y, en definitiva, para Aquel que es el Bien sumo; y les es preciso, además, aprestarse contra lo que amenaza torcer esa inclinación o dificultarla. He ahí, en resumen, el problema que el educador debe plantearse y resolver.

No es artificioso formular así el problema educativo. Mientras se vive sólo para «algo», ni se logra el fin de la educación ni hay cómo avanzar hacia él. Por otra parte, subordinar las decisiones, en último término y únicamente, a lo *mío* del propio bien, es vivir para algo, no para alguien; e igual ocurre, si no se ama a quien Dios ofrece cabida en la perfección y gozo infinitos, es decir, a alguna de las personas no reprobadas por El. Nadie es persona, sino porque Dios le da el ser en un grado cuya culminación es Dios mismo. La persona queda frustrada, en tanto que no se aproxime a El por el conocimiento y el amor; y solo existe por apoyarse en quien de tal manera le atrae a Sí. Esa vinculación explica que el ser humano se pierda al vivir centrado en los propios bienes: no halla entonces lo personal, porque permanece, atado y ciego, al nivel de las cosas materiales, sin proceder como persona. Repetimos el abuso, al despreocuparnos de quienes Dios ama y, más todavía, al odiarles: aquí lo personal es de nuevo profanado y destruido por lo egoísta, o sea, por algo que recluye en la finitud contraria a lo más indispensable de la persona.

Ver de esta forma la educación, no es evadirse; es afincarse en lo esencial del proceso educativo. No se trata de evitar los medios y soñar en fines irrealizables, ni de tender al fin general sin cuidar de otros, más inmediatos y concretos.

En las disposiciones y actos tiene que prevalecer lo más valioso de la persona; y perseguir este objetivo, es estrechar relaciones que, desde el educando, abracen a todos los hombres en Dios, amado cual Creador y Padre. Pero en dichas relaciones ha de haber

sincera voluntad de resultados efectivos, ya que sin ello, no solo son vacías, sino imposibles; el amor, en efecto, o se traduce en vida generosa, o es, a lo sumo, ilusorio. Ahora bien, aquellos resultados estriban en optar —habida cuenta de las situaciones que van surgiendo— por la *actividad concreta* que realiza los verdaderos fines de la educación. Lejos, pues, de desertar, al hacer de las genuinas relaciones personales la razón de ser del proceso educativo, se admite el problema en lo que tiene de real y se toma el camino de la solución.

Trabajo de persona y trabajo de niño.

Estas indicaciones debieran permitirnos bosquejar la pedagogía de las relaciones personales en la esfera del trabajo. Parece inútil aclarar que no es posible enaltecer aquí lo que se ha dado en llamar «relaciones humanas», si se las reduce, como tantas veces, a medio de producción y ardid disimulado y cruel para explotar a los trabajadores. El educador ha de promover relaciones que no son tan sólo medio, ni, en modo alguno, medio de opresión; son el fin mismo, que debe lograrse paso a paso en los múltiples aspectos del vivir. Ahora nos es forzoso limitar el examen a un estrecho sector: la parte laboral de las relaciones personales, en su aspecto educativo y estudiándolas con brevedad y sin pormenores. Pero el tema, a pesar de lo ceñido y olvidado, es quizá de vida o muerte para la educación.

Nuestros discípulos trabajan. Lo hacen bien o mal, consiguen efectos objetivos o solo llegan a desplegar energías y consolidar así, poco a poco, el uso de las facultades. De ordinario, en el plano material, los únicos bienes que ellos producen son conocimientos y habilidades cuyas ventajas no pueden gozarse aún; mas en esa actividad ya se descubre la esencia del trabajo. No es preciso alcanzar luego los frutos, para ver que dicha actividad les da origen; más tarde, al obtenerlos, habrán de ser atribuidos a la verdadera causa, que, en medida notable, se muestra bajo los actuales esfuerzos del niño y del joven.

Con todo, esa producción de bienes materiales, incompleta y remota aunque eficaz, es secundaria desde el punto de vista pedagógico. Secundaria no significa despreciable, ni siquiera accidental, pero sí derivada; el educador no debe actuar principalmente sobre ella, sino influir en otra realidad, más honda, que es la base y des-

de la cual los valores formativos han de llegar a todo el ámbito de la vida.

Lo profundo y radical a que acaba de aludirse, alberga los móviles de conducta y se abre y da acceso con mayor facilidad en el niño y el joven que en los adultos; de ahí que el educando, pese a la falta de madurez, haya de asumir un quehacer arduo y decisivo. Nuestra misión es ayudarle; lo pide su necesidad, y su apertura ofrece campo de acción para inducirle a propósitos que lleven a buenos cauces la existencia ulterior. Así, es cierto que la dimensión material, en la actividad presente y futura del discípulo, debe considerarse derivada y puesta al alcance del educador, por estar sujeta a las decisiones libres de aquél. Sin duda, pues, el influjo educativo tiene que regularla, actuando para ello sobre dicha zona de libertad.

Estas últimas afirmaciones resultan discutibles, si no es evidente que lo material de la actividad humana esté vinculado al querer libre. Pero negarlo sería ver la libertad, a lo sumo, cual dinamismo interior que no sirve para seres compuestos de cuerpo y alma. Es manifiesta la repercusión de múltiples factores no libres sobre lo externo de la conducta, y aun sobre la misma interioridad; mas el sujeto de los actos libres es siempre psíquico y somático, y por eso la libertad también repercute en los elementos materiales incorporados al vivir del hombre.

La educación no existiría sin este doble y contrapuesto despliegue de fuerzas; le es preciso, a fuer de finita, aceptar condiciones que al parecer coartan; pero ha de hacerlo solo para poder imprimir en ellas los valores del espíritu, que son lo más auténtico del acto libre.

Promover los valores del espíritu, no es juntar misticismo de evasión a incapacidad de resolver cuestiones terrenas. Con todo, es más frecuente el error de basar la acción educativa en recursos materiales. Lo capital no es formar hábitos cuya razón el discípulo ignora, ni tampoco ponerle en la raíz de la libertad motivaciones quizá durables, pero que se agotan dentro de límites o a medida que los superan; en otras palabras, ninguna suerte de mecanicismo o de fin limitado pueden solucionar el problema de la educación. Dios no sólo ha de ser fin supremo y lejano, pues, en definitiva, El es el único apoyo de cualesquiera fines parciales, en lo que éstos tienen de valioso o apetecible; de ahí que la educación verdadera se cifre en elegir sin reservas a Dios y hacer, de modo progresivo, que El domine en todos los aspectos de la vida.

Mas tales ideas, aunque adoptadas teóricamente como criterio del educador, no acaban de suprimir una temible especie de maniqueísmo: los actos libres que versan sobre fines «profanos», casi se diría pertenecen a un reino que tiene por diosa a la matemática de los éxitos tangibles; y en otro reino, muy poco relacionado con aquél, quedan situados los valores religiosos. Esto se advierte con claridad en el tema que nos ocupa: formación del niño y del joven para las relaciones laborales. Observemos por qué, de ordinario, se juzga prematuro exponer tal cuestión a escolares o, al menos, se la

sincera voluntad de resultados efectivos, ya que sin ello, no solo son vacías, sino imposibles; el amor, en efecto, o se traduce en vida generosa, o es, a lo sumo, ilusorio. Ahora bien, aquellos resultados estriban en optar —habida cuenta de las situaciones que van surgiendo— por la *actividad concreta* que realiza los verdaderos fines de la educación. Lejos, pues, de desertar, al hacer de las genuinas relaciones personales la razón de ser del proceso educativo, se admite el problema en lo que tiene de real y se toma el camino de la solución.

Trabajo de persona y trabajo de niño.

Estas indicaciones debieran permitirnos bosquejar la pedagogía de las relaciones personales en la esfera del trabajo. Parece inútil aclarar que no es posible enaltecer aquí lo que se ha dado en llamar «relaciones humanas», si se las reduce, como tantas veces, a medio de producción y ardid disimulado y cruel para explotar a los trabajadores. El educador ha de promover relaciones que no son tan sólo medio, ni, en modo alguno, medio de opresión; son el fin mismo, que debe lograrse paso a paso en los múltiples aspectos del vivir. Ahora nos es forzoso limitar el examen a un estrecho sector: la parte laboral de las relaciones personales, en su aspecto educativo y estudiándolas con brevedad y sin pormenores. Pero el tema, a pesar de lo ceñido y olvidado, es quizá de vida o muerte para la educación.

Nuestros discípulos trabajan. Lo hacen bien o mal, consiguen efectos objetivos o solo llegan a desplegar energías y consolidar así, poco a poco, el uso de las facultades. De ordinario, en el plano material, los únicos bienes que ellos producen son conocimientos y habilidades cuyas ventajas no pueden gozarse aún; mas en esa actividad ya se descubre la esencia del trabajo. No es preciso alcanzar luego los frutos, para ver que dicha actividad les da origen; más tarde, al obtenerlos, habrán de ser atribuidos a la verdadera causa, que, en medida notable, se muestra bajo los actuales esfuerzos del niño y del joven.

Con todo, esa producción de bienes materiales, incompleta y remota aunque eficaz, es secundaria desde el punto de vista pedagógico. Secundaria no significa despreciable, ni siquiera accidental, pero sí derivada; el educador no debe actuar principalmente sobre ella, sino influir en otra realidad, más honda, que es la base y des-

de la cual los valores formativos han de llegar a todo el ámbito de la vida.

Lo profundo y radical a que acaba de aludirse, alberga los móviles de conducta y se abre y da acceso con mayor facilidad en el niño y el joven que en los adultos; de ahí que el educando, pese a la falta de madurez, haya de asumir un quehacer arduo y decisivo. Nuestra misión es ayudarle; lo pide su necesidad, y su apertura ofrece campo de acción para inducirle a propósitos que lleven a buenos cauces la existencia ulterior. Así, es cierto que la dimensión material, en la actividad presente y futura del discípulo, debe considerarse derivada y puesta al alcance del educador, por estar sujeta a las decisiones libres de aquél. Sin duda, pues, el influjo educativo tiene que regularla, actuando para ello sobre dicha zona de libertad.

Estas últimas afirmaciones resultan discutibles, si no es evidente que lo material de la actividad humana esté vinculado al querer libre. Pero negarlo sería ver la libertad, a lo sumo, cual dinamismo interior que no sirve para seres compuestos de cuerpo y alma. Es manifiesta la repercusión de múltiples factores no libres sobre lo externo de la conducta, y aun sobre la misma interioridad; mas el sujeto de los actos libres es siempre psíquico y somático, y por eso la libertad también repercute en los elementos materiales incorporados al vivir del hombre.

La educación no existiría sin este doble y contrapuesto despliegue de fuerzas; le es preciso, a fuer de finita, aceptar condiciones que al parecer coartan; pero ha de hacerlo solo para poder imprimir en ellas los valores del espíritu, que son lo más auténtico del acto libre.

Promover los valores del espíritu, no es juntar misticismo de evasión a incapacidad de resolver cuestiones terrenas. Con todo, es más frecuente el error de basar la acción educativa en recursos materiales. Lo capital no es formar hábitos cuya razón el discípulo ignora, ni tampoco ponerle en la raíz de la libertad motivaciones quizá durables, pero que se agotan dentro de límites o a medida que los superan; en otras palabras, ninguna suerte de mecanicismo o de fin limitado pueden solucionar el problema de la educación. Dios no sólo ha de ser fin supremo y lejano, pues, en definitiva, El es el único apoyo de cualesquiera fines parciales, en lo que éstos tienen de valioso o apetecible; de ahí que la educación verdadera se cifre en elegir sin reservas a Dios y hacer, de modo progresivo, que El domine en todos los aspectos de la vida.

Mas tales ideas, aunque adoptadas teóricamente como criterio del educador, no acaban de suprimir una temible especie de maniqueísmo: los actos libres que versan sobre fines «profanos», casi se diría pertenecen a un reino que tiene por diosa a la matemática de los éxitos tangibles; y en otro reino, muy poco relacionado con aquél, quedan situados los valores religiosos. Esto se advierte con claridad en el tema que nos ocupa: formación del niño y del joven para las relaciones laborales. Observemos por qué, de ordinario, se juzga prematuro exponer tal cuestión a escolares o, al menos, se la

relega a los últimos meses o años de escolaridad. Siempre que el educador piensa así, suele hacerlo por establecer, dentro de aquellas relaciones, excesiva separación entre lo técnico, por un lado, y lo religioso y moral por otro. El no cree tener por qué aludir a la distribución de las riquezas desde el ángulo administrativo y técnico; y acerca de la justicia y caridad, le parece baste con remitir a principios generales de catecismo y de filosofía, y mover a abrazarlos sinceramente.

Ya en el umbral de la escuela primaria debe enseñarse, y ser objeto de especial cuidado, eso que no pocos rehúyen decir en época muy posterior. Adaptarse al escaso desarrollo infantil, no es fácil; mas tampoco se infiere, de ello, que esté permitido asentar sobre base débil toda la educación. Esta, para tener base sólida, ha de ser, en cada uno de sus aspectos, entrega a Dios que dé valor y eficacia a los actos, aun a los más exteriores y anclados en quehacer temporal. Y no hay entrega a Dios, sino a través de relaciones personales con El y el prójimo; y la entrega carece de eficacia, porque deja sin valor de espíritu alguna faceta esencial de la vida, si aquellas relaciones no llegan a ser finalidad y alma del trabajo.

La norma aquí insinuada, tiene que aplicarse ya en los albores de la razón; y no solo de forma indirecta, sino también directa y actual. El niño, desde que asoma a la región de luz específicamente humana, ha de plasmar, en actos libres, relaciones de hijo y hermano. Esto no significa, en modo alguno, que su libertad actúe en la mayoría de los casos con fuerza superior a la de los instintos; pero, aunque en él razón y libertad estén sólo esbozadas, existen, y por eso debe amar a Dios y a los hombres, de modo responsable al par que sencillo. A menudo se repite, con superficialidad, el error de que el niño es egoísta por naturaleza. Baste responder que quien es ya libre, tiene recursos para amar y oponerse al egoísmo; y donde hay uso de razón, hay libertad. Pues bien, tal amor ha de estar presente y crecer en el trabajo que el niño realiza; nada importa, a ese respecto, que lo externo y material de las ocupaciones difiera del trabajo adulto.

La persona humana, en los años de fabulación al igual que en sus períodos ulteriores, no actúa por simple inercia ni cede por entero a los influjos, ni aun sigue con toda exactitud las decisiones que ella misma ha tomado. En este proceder, tan conocido, hay algo muy digno de atención y que ahora ayuda nuestras reflexiones: el propósito de sellar con algún valor personal cada acto consciente. Junto a ese carácter, los rasgos materiales de la actividad son como cuerpo frente al espíritu: de por sí, nada tienen que exceda las perfecciones infrahumanas. Pero recuérdese que los modos de imprimir aquel valor son muy varios. En resumen, cabe decir que

lo personal puede ser egoísta o bien traducirse en relaciones de amor generoso a Dios y a todos los hombres.

Entre ambas maneras de dar curso a las aptitudes y dignidad de la persona, la segunda es la que debe ser vida y principal objetivo del trabajo, ya desde la edad infantil. Muchas son las aclaraciones que esta afirmación pide, y no resulta fácil recogerlas todas; mas tratemos de fijarnos en las de mayor importancia.

Trabajo y educación.

Al vivir en estado consciente, la persona vierte en su actividad lo que ella es; pero lo hace en grados diversos. Con solo introducir su propio ser en los actos, logra dilatar los límites que la rodean; mas no siempre lo consigue de forma adecuada. El genuino desarrollo de los valores y del ser personales es entrega a Dios, traducida en amor generoso —multiforme y efectivo— a El y a nuestros hermanos.

Así, la tendencia humana más fuerte, que es la más noble, se frustra con el egoísmo. Porque toda la vida racional es aspiración al bien ilimitado y perfecto, y el egoísmo busca los bienes para cerrarlos en la finitud; más aún, los recluye en la nada, pues los mira sólo en función de una persona que, de por sí, nada es. De otro lado, merced al amor de caridad, se vierte en los actos el auténtico ser de la persona; los actos no quedan ya vacíos, sino que Dios los enriquece; la persona, al amar con tal amor, reconoce que Dios es todo, se apoya en El y le refleja en sí misma, y por eso también la actividad, lejos de ser imagen de la nada, cual ocurre en el egoísmo, lo es de lo más consistente y valioso que en nosotros hay. No se desfigura así lo peculiar de cada persona; al contrario, Dios reparte la bondad y belleza de su rostro en imágenes vivas que no se repiten, porque el modelo es inagotable y la acción divina rebasa cualesquiera limitaciones; hasta el mal es distinto de unos hombre a otros, ya que es privación, ausencia culpable, pero a la vez clamor imperioso, de algún rasgo de Dios que El sólo ahí, y no de igual modo en las demás personas, quería fuese reproducido.

Las energías del psiquismo humano, del niño y del adulto, no son principalmente egoístas. Con todo, la educación ha de guiarlas, para que lleguen sin extravíos y eficazmente a justos fines terrenos, y moverlas a estrechar, apoyadas en dichos fines, la unión amorosa de las almas en Dios. Educar ya no es entonces otorgar primacía a lo efímero, ni retraerse de lo temporal en pos de un fin último que debe lograrse a través de fines próximos; pero tampoco es revestir a la persona con valores postizos y extraños, puesto que el hombre, bajo las tendencias que le impulsan, y aun como origen de lo natural que en ellas se descubre o late, es *ser para Dios*. Según esto, el trabajo del niño y del joven ha de abrirse y acoger el núcleo de la educación; así lo requiere lo más vital y hondo del ser humano, tan real en ellos como en el adulto, y lo exige el proceso educativo.

No cabe objetar que el trabajo es sólo medio, y, por ende, ocupa sitio menos capital que el del centro de la educación. Sin duda,

relega a los últimos meses o años de escolaridad. Siempre que el educador piensa así, suele hacerlo por establecer, dentro de aquellas relaciones, excesiva separación entre lo técnico, por un lado, y lo religioso y moral por otro. El no cree tener por qué aludir a la distribución de las riquezas desde el ángulo administrativo y técnico; y acerca de la justicia y caridad, le parece baste con remitir a principios generales de catecismo y de filosofía, y mover a abrazarlos sinceramente.

Ya en el umbral de la escuela primaria debe enseñarse, y ser objeto de especial cuidado, eso que no pocos rehúyen decir en época muy posterior. Adaptarse al escaso desarrollo infantil, no es fácil; mas tampoco se infiere, de ello, que esté permitido asentar sobre base débil toda la educación. Esta, para tener base sólida, ha de ser, en cada uno de sus aspectos, entrega a Dios que dé valor y eficacia a los actos, aun a los más exteriores y anclados en quehacer temporal. Y no hay entrega a Dios, sino a través de relaciones personales con El y el prójimo; y la entrega carece de eficacia, porque deja sin valor de espíritu alguna faceta esencial de la vida, si aquellas relaciones no llegan a ser finalidad y alma del trabajo.

La norma aquí insinuada, tiene que aplicarse ya en los albores de la razón; y no solo de forma indirecta, sino también directa y actual. El niño, desde que asoma a la región de luz específicamente humana, ha de plasmar, en actos libres, relaciones de hijo y hermano. Esto no significa, en modo alguno, que su libertad actúe en la mayoría de los casos con fuerza superior a la de los instintos; pero, aunque en él razón y libertad estén sólo esbozadas, existen, y por eso debe amar a Dios y a los hombres, de modo responsable al par que sencillo. A menudo se repite, con superficialidad, el error de que el niño es egoísta por naturaleza. Baste responder que quien es ya libre, tiene recursos para amar y oponerse al egoísmo; y donde hay uso de razón, hay libertad. Pues bien, tal amor ha de estar presente y crecer en el trabajo que el niño realiza; nada importa, a ese respecto, que lo externo y material de las ocupaciones difiera del trabajo adulto.

La persona humana, en los años de fabulación al igual que en sus períodos ulteriores, no actúa por simple inercia ni cede por entero a los influjos, ni aun sigue con toda exactitud las decisiones que ella misma ha tomado. En este proceder, tan conocido, hay algo muy digno de atención y que ahora ayuda nuestras reflexiones: el propósito de sellar con algún valor personal cada acto consciente. Junto a ese carácter, los rasgos materiales de la actividad son como cuerpo frente al espíritu: de por sí, nada tienen que exceda las perfecciones infrahumanas. Pero recuérdese que los modos de imprimir aquel valor son muy varios. En resumen, cabe decir que

lo personal puede ser egoísta o bien traducirse en relaciones de amor generoso a Dios y a todos los hombres.

Entre ambas maneras de dar curso a las aptitudes y dignidad de la persona, la segunda es la que debe ser vida y principal objetivo del trabajo, ya desde la edad infantil. Muchas son las aclaraciones que esta afirmación pide, y no resulta fácil recogerlas todas; mas tratemos de fijarnos en las de mayor importancia.

Trabajo y educación.

Al vivir en estado consciente, la persona vierte en su actividad lo que ella es; pero lo hace en grados diversos. Con solo introducir su propio ser en los actos, logra dilatar los límites que la rodean; mas no siempre lo consigue de forma adecuada. El genuino desarrollo de los valores y del ser personales es entrega a Dios, traducida en amor generoso —multiforme y efectivo— a El y a nuestros hermanos.

Así, la tendencia humana más fuerte, que es la más noble, se frustra con el egoísmo. Porque toda la vida racional es aspiración al bien ilimitado y perfecto, y el egoísmo busca los bienes para cerrarlos en la finitud; más aún, los recluye en la nada, pues los mira sólo en función de una persona que, de por sí, nada es. De otro lado, merced al amor de caridad, se vierte en los actos el auténtico ser de la persona; los actos no quedan ya vacíos, sino que Dios los enriquece; la persona, al amar con tal amor, reconoce que Dios es todo, se apoya en El y le refleja en sí misma, y por eso también la actividad, lejos de ser imagen de la nada, cual ocurre en el egoísmo, lo es de lo más consistente y valioso que en nosotros hay. No se desfigura así lo peculiar de cada persona; al contrario, Dios reparte la bondad y belleza de su rostro en imágenes vivas que no se repiten, porque el modelo es inagotable y la acción divina rebasa cualesquiera limitaciones; hasta el mal es distinto de unos hombre a otros, ya que es privación, ausencia culpable, pero a la vez clamor imperioso, de algún rasgo de Dios que El sólo ahí, y no de igual modo en las demás personas, quería fuese reproducido.

Las energías del psiquismo humano, del niño y del adulto, no son principalmente egoístas. Con todo, la educación ha de guiarlas, para que lleguen sin extravíos y eficazmente a justos fines terrenos, y moverlas a estrechar, apoyadas en dichos fines, la unión amorosa de las almas en Dios. Educar ya no es entonces otorgar primacía a lo efímero, ni retraerse de lo temporal en pos de un fin último que debe lograrse a través de fines próximos; pero tampoco es revestir a la persona con valores postizos y extraños, puesto que el hombre, bajo las tendencias que le impulsan, y aun como origen de lo natural que en ellas se descubre o late, es *ser para Dios*. Según esto, el trabajo del niño y del joven ha de abrirse y acoger el núcleo de la educación; así lo requiere lo más vital y hondo del ser humano, tan real en ellos como en el adulto, y lo exige el proceso educativo.

No cabe objetar que el trabajo es sólo medio, y, por ende, ocupa sitio menos capital que el del centro de la educación. Sin duda,

lo material del trabajo es, por naturaleza, medio para valores y bienes más altos; pero nada hay en la vida superior humana, que pueda crecer ni existir sin depender de la actividad, y nuestros actos nacen de la persona completa, la cual, al par que espíritu, es ser orgánico y sensible; de ahí que el trabajo, como producción de valores y de bienes, pertenezca, aun en su aspecto material o físico, a la esencia de la educación. Las facultades corpóreas reciben del alma la virtud de educar; mas el proceso educativo sólo es realizable si arraiga en las dos dimensiones, espiritual y corpórea.

Pero, ¿no es artificioso, identificar trabajo y educación? Y estas reflexiones, en que se los reduce a actividad perfectiva, ¿no adolecen de extrema vaguedad? Se ha aludido a la proyección del trabajo sobre las realidades terrenas y a la vertiente más bien espiritual de la educación, así como a la base común, psicológica y ética, que es raíz de lo más valioso y esencial de entrambos. Es cierto que, desde el punto de vista pedagógico, no hay razón para acentuar lo que separa las actividades laboral y educativa; al contrario, hay que fijarse en aquello que las aúna, máxime si de este modo se llega a la base y raíz de las dos. Mas la vaguedad tal vez resulte, precisamente, de querer explicar con verdades sólo genéricas, cuestiones que son específicas de la educación y el trabajo.

No puede negarse que el niño y el joven han sido creados para Dios, ni que lo más hondo y fuerte de las tendencias y del deber les exige elevar a El, con amor, los actos libres; sin embargo, ver ahí la única luz que relaciona los aspectos laboral y educativo de la vida, ¿no es seguir camino demasiado fácil, que, por llevar a todas partes, desvía de soluciones concretas?

Al sustituir la especulación por la realidad, observamos gentes que excluyen de su proceder toda caridad y justicia, sin inquietarse de lo que hemos llamado la aspiración más radical del hombre; otros, en urgente necesidad, todo lo esperan de la lucha organizada, y casi reciben con mortal aversión las invitaciones a la caridad recíproca de poderosos y débiles. Cabe incluso preguntar si, aparte raras excepciones, no fluye la vida humana hacia fines que hemos considerado insuficientes. Aun los educadores, solemos dejar que nos invada el utilitarismo. ¿No sería, pues, oportuno dar otro sentido a la pedagogía de las relaciones personales necesarias al trabajo? En lugar de lo que «debiera ser», ¿no habría que insistir en lo que de hecho «es»?

A pesar de todo, la solución que venimos recogiendo es la verdadera. Ya se recordó que la doctrina social católica no muere en la superficie, sino que llega a la entraña de los problemas sociales. Solucionarlos «técnicamente» y negarse a penetrar hasta ese núcleo, es dejar abierta y menos visible la fuente del mal. Las objeciones apuntadas hace un momento, sólo son válidas si, preocupados por lo esencial, apartamos la vista de las cuestiones existenciales, que surgen doquier y piden pronta respuesta. Mas la doctrina social católica, y también estos párrafos —que la expresan en muy corta medida—, no quieren, porque no les es lícito, olvidarse de lo existencial.

¿Qué es lo existencial y concreto? ¿La corteza, o bien todo cuanto las personas son y, principalmente, la parte que alberga los recursos de la vida superior? A esta parte o faceta principal hay que dirigir la atención y el esfuerzo; no para evadirse, sino para que, en todo el ámbito de la vida y en cualesquiera situaciones, prevalezcan valores genuinos y, paso a paso, se realice el fin supremo, empeñándose por él la persona en justos objetivos próximos. Pero es seductor el peligro de no mirar como realidades concretas sino lo que pone en juego fines próximos y materiales; la actitud difícil y noble es la de centrarse en problemas decisivos y, a través de cada situación —a través, no al margen—, orientar todas las energías a resolverlos, aunque lo superficial nos aturda.

La educación, el trabajo y toda suerte de actividad son superficiales, y excluyen lo peculiar del ser y del valor humanos, al cerrarse en la finitud. Lo más verdadero que de la existencia específica humana puede afirmarse, es que, de por sí, está abierta y en tensión hacia el infinito. El resto, o sea, lo que recibe los obusivos nombres de «vida real» o «práctica de la vida», sólo llega a aquella zona en tanto que es admitido por nuestra libertad; así aceptado, se incorpora a la existencia humana; pero, por lo mismo y a la vez, se inscribe en la perspectiva que va de la criatura a Dios, o, en otras palabras, se proyecta hacia Aquél que es el Infinito, pues fuera de esta dimensión jamás podrá haber acto libre alguno.

Con ello no se dice que lo peculiar del hombre sea sólo el bien moral, pues el pecado no se proyecta menos —aunque, claro es, en forma negativa— hacia el Infinito; sólo se trataba de recordar que el ámbito de la persona humana desborda la finitud y, por tanto, es muy otro que el de actividades únicamente externas, nacidas sólo del individuo y para él, agotadas en proyectos limitados.

Como se habrá advertido, afirmar esto no es señalar lo que «debiera ser», sino lo que «es», y lo más real del hombre, adulto o niño; a menos que la persona actúe sin libertad.

Las ideas que han ido guiándonos, aclaran, poco a poco, el tema. Cada vez se nos muestra de modo más evidente, que el cometido y eficacia principales del trabajo, como actividad reservada a la persona, son del espíritu y no de la materia.

lo material del trabajo es, por naturaleza, medio para valores y bienes más altos; pero nada hay en la vida superior humana, que pueda crecer ni existir sin depender de la actividad, y nuestros actos nacen de la persona completa, la cual, al par que espíritu, es ser orgánico y sensible; de ahí que el trabajo, como producción de valores y de bienes, pertenezca, aun en su aspecto material o físico, a la esencia de la educación. Las facultades corpóreas reciben del alma la virtud de educar; mas el proceso educativo sólo es realizable si arraiga en las dos dimensiones, espiritual y corpórea.

Pero, ¿no es artificioso, identificar trabajo y educación? Y estas reflexiones, en que se los reduce a actividad perfectiva, ¿no adolecen de extrema vaguedad? Se ha aludido a la proyección del trabajo sobre las realidades terrenas y a la vertiente más bien espiritual de la educación, así como a la base común, psicológica y ética, que es raíz de lo más valioso y esencial de entrambos. Es cierto que, desde el punto de vista pedagógico, no hay razón para acentuar lo que separa las actividades laboral y educativa; al contrario, hay que fijarse en aquello que las aúna, máxime si de este modo se llega a la base y raíz de las dos. Mas la vaguedad tal vez resulte, precisamente, de querer explicar con verdades sólo genéricas, cuestiones que son específicas de la educación y el trabajo.

No puede negarse que el niño y el joven han sido creados para Dios, ni que lo más hondo y fuerte de las tendencias y del deber les exige elevar a El, con amor, los actos libres; sin embargo, ver ahí la única luz que relaciona los aspectos laboral y educativo de la vida, ¿no es seguir camino demasiado fácil, que, por llevar a todas partes, desvía de soluciones concretas?

Al sustituir la especulación por la realidad, observamos gentes que excluyen de su proceder toda caridad y justicia, sin inquietarse de lo que hemos llamado la aspiración más radical del hombre; otros, en urgente necesidad, todo lo esperan de la lucha organizada, y casi reciben con mortal aversión las invitaciones a la caridad recíproca de poderosos y débiles. Cabe incluso preguntar si, aparte raras excepciones, no fluye la vida humana hacia fines que hemos considerado insuficientes. Aun los educadores, solemos dejar que nos invada el utilitarismo. ¿No sería, pues, oportuno dar otro sentido a la pedagogía de las relaciones personales necesarias al trabajo? En lugar de lo que «debiera ser», ¿no habría que insistir en lo que de hecho «es»?

A pesar de todo, la solución que venimos recogiendo es la verdadera. Ya se recordó que la doctrina social católica no muere en la superficie, sino que llega a la entraña de los problemas sociales. Solucionarlos «técnicamente» y negarse a penetrar hasta ese núcleo, es dejar abierta y menos visible la fuente del mal. Las objeciones apuntadas hace un momento, sólo son válidas si, preocupados por lo esencial, apartamos la vista de las cuestiones existenciales, que surgen doquier y piden pronta respuesta. Mas la doctrina social católica, y también estos párrafos —que la expresan en muy corta medida—, no quieren, porque no les es lícito, olvidarse de lo existencial.

¿Qué es lo existencial y concreto? ¿La corteza, o bien todo cuanto las personas son y, principalmente, la parte que alberga los recursos de la vida superior? A esta parte o faceta principal hay que dirigir la atención y el esfuerzo; no para evadirse, sino para que, en todo el ámbito de la vida y en cualesquiera situaciones, prevalezcan valores genuinos y, paso a paso, se realice el fin supremo, empeñándose por él la persona en justos objetivos próximos. Pero es seductor el peligro de no mirar como realidades concretas sino lo que pone en juego fines próximos y materiales; la actitud difícil y noble es la de centrarse en problemas decisivos y, a través de cada situación —a través, no al margen—, orientar todas las energías a resolverlos, aunque lo superficial nos aturda.

La educación, el trabajo y toda suerte de actividad son superficiales, y excluyen lo peculiar del ser y del valor humanos, al cerrarse en la finitud. Lo más verdadero que de la existencia específica humana puede afirmarse, es que, de por sí, está abierta y en tensión hacia el infinito. El resto, o sea, lo que recibe los obusivos nombres de «vida real» o «práctica de la vida», sólo llega a aquella zona en tanto que es admitido por nuestra libertad; así aceptado, se incorpora a la existencia humana; pero, por lo mismo y a la vez, se inscribe en la perspectiva que va de la criatura a Dios, o, en otras palabras, se proyecta hacia Aquél que es el Infinito, pues fuera de esta dimensión jamás podrá haber acto libre alguno.

Con ello no se dice que lo peculiar del hombre sea sólo el bien moral, pues el pecado no se proyecta menos —aunque, claro es, en forma negativa— hacia el Infinito; sólo se trataba de recordar que el ámbito de la persona humana desborda la finitud y, por tanto, es muy otro que el de actividades únicamente externas, nacidas sólo del individuo y para él, agotadas en proyectos limitados.

Como se habrá advertido, afirmar esto no es señalar lo que «debiera ser», sino lo que «es», y lo más real del hombre, adulto o niño; a menos que la persona actúe sin libertad.

Las ideas que han ido guiándonos, aclaran, poco a poco, el tema. Cada vez se nos muestra de modo más evidente, que el cometido y eficacia principales del trabajo, como actividad reservada a la persona, son del espíritu y no de la materia.

Los seres irracionales, si de alguna forma trabajan, lo hacen bajo la dirección del Ser espiritual que les da recursos y tendencias apropiados; pero, en parte, el hombre mismo les encauza las posibilidades de acción. En rigor de concepto, no hay más trabajo que el de Dios y el de las criaturas capaces de pensar sin agotarse en limitaciones y de querer con igual fuerza. La persona solo trabaja según lo que ella es, al apoyarse en el infinito y plasmarlo en las obras; porque éstas, al ser fruto de entendimiento y de voluntad libre, lo son del infinito y lo reflejan; y también porque en niveles inferiores de actividad, el hombre es cual todos los seres del mundo, y su trabajo es mero acontecer de la naturaleza creada.

De la nada al Todo.

De hecho, ¿trabaja la persona, por muy racional que sea, con los ojos vueltos hacia tan lejano horizonte? Y al quedar absorbida en proyectos limitados, ¿no va haciéndose dueña del mundo, señora del universo? Hablar de que el trabajo sólo es tal si en él prevalece la dimensión infinita, ¿no es caer en falso espiritualismo y, en lo secreto, abogar por la maldecida y temible invasión frente a las realidades terrenas?

De otro lado, la persona halla que todo es deleznable. Al mirar hacia fuera, le falta dónde hacer pie; y al verse, tampoco se le oculta su propia debilidad. Ser señora del mundo y del propio destino, es dominar sobre cosas inconsistentes y actos inútiles. De ahí la desazón, la angustia, la náusea...

Pero pensar así es discurrir con mala fe; o, al menos, ignorar la luz en pleno día. El hombre nada elige con libertad, sin percibir en torno, y más en su interior, la firmeza genuina, debajo de esa otra firmeza que en las limitaciones cerradas queda corroída y se anula. El equívoco está en no distinguir las limitaciones cerradas de las abiertas. Para el hombre, todo puede abrirse, a pesar de que, en él y en el mundo, todo gima bajo límites que aprietan y reducen a la nada.

Todavía más: no hay libertad psicológica, sin conocimiento de algo que *es y vale y obliga*; pero de tal manera, que el ser, el valor y el deber son afirmados, por la persona libre, como exentos de toda relatividad o finitud.

No es posible juzgar que los seres limitados o las limitaciones «son», sin captar el «es» de algo que excluye cualesquiera fisuras,

que es antítesis absoluta de la nada y, con mayor razón, que no sólo existe en el terreno de las abstracciones. Nadie puede elegir, sin saberse envuelto y penetrado por esa realidad firme, ya que en toda elección descubrimos algo que «es» y queremos que algo «sea». Mas dicha realidad no es firme en el sentido de opresora, sino como los brazos que sostienen seguros al niño; ya que es negación de todo límite, ha de ser íntegra y perfecta, y por ello nos revela que, sin restricción alguna, «vale» y apoya todo valor. Por eso, además, experimentamos que nuestra libertad es llamada desde la altura, con voz —eco de todo bien— que pide respuesta incondicional, y que nuestra libertad se traiciona a sí misma y peca si rehúsa subir; notamos, en efecto, que algo, precisamente aquella realidad, nos «obliga» de modo absoluto.

Es fácil ver a la luz del mediodía; pero no tanto, percatarse de esa luz. Los objetos y el acaecer, variados y nunca del todo fijos, que la vida roza o arrastra, nos ocupan y sujetan, cual espectáculo que llena los ojos de imágenes y no deja beber la claridad.

El ambiente humano excede toda finitud, y su belleza y energía peculiares, las toma del infinito. El hombre, en el mundo visible, es el único ser que puede captar el alcance de las limitaciones: todo se esfuma en ellas, y todo es nada, si el infinito no está presente para comunicarse y prestar apoyo. La actividad solo es humana, si recibe de esa infinitud la fuerza y modelo para la propia vida y para la proyección sobre otras vidas y sobre las cosas.

Es oscuro, con todo, el origen divino de la claridad, valores y absolutez que dan sentido y eficacia a nuestras acciones. Los percibimos entre límites que los estrechan; a la vez, nada limitado los sostiene y explica, pues, sin duda, lejos de «ser» en parte, son lo que en pureza es, vale y obliga, y solo sus imitaciones son parciales e imperfectas; pero hay oscuridad, porque no puede nuestra razón ver nada, sin pegársele a los ojos las huellas de lo imperfecto, parcial y relativo, antes le es forzoso hacerlo, precisamente, por medio de tales huellas.

Mas, ahí, en sombras que son seres e imágenes rodeados de limitaciones, y de por sí iguales a la pura inexistencia, aparece que algo es ser, valor y causa del deber, en la acepción absoluta de estas palabras. No por intuirlo nosotros, sino porque negarlo equivale a admitir que nada es ni vale ni obliga, cuando, de modo inevitable, pensar y querer son, uno y otro, acto de afirmar el ser y adherirse a algún valor, valor cuyo grado es el grado mismo de obligación o deber.

Entre el valor y la culpa.

El niño llegado al uso de razón, se apoya, para el despliegue de su tierna y vacilante libertad, en la absolutez aquí aludida. Su problema, que es el de todo ser humano, asoma bajo cualquier actividad libre; pero resulta arduo para él, y aun para nosotros, captar ese problema desde el debido punto de vista y obtener la solución justa. No se trata de calcular como si tejiéramos con hilos que la mente palpa y mide; no podemos recoger los hilos en la mano, porque nos envuelven y rebasan en todas direcciones; hay

Los seres irracionales, si de alguna forma trabajan, lo hacen bajo la dirección del Ser espiritual que les da recursos y tendencias apropiados; pero, en parte, el hombre mismo les encauza las posibilidades de acción. En rigor de concepto, no hay más trabajo que el de Dios y el de las criaturas capaces de pensar sin agotarse en limitaciones y de querer con igual fuerza. La persona solo trabaja según lo que ella es, al apoyarse en el infinito y plasmarlo en las obras; porque éstas, al ser fruto de entendimiento y de voluntad libre, lo son del infinito y lo reflejan; y también porque en niveles inferiores de actividad, el hombre es cual todos los seres del mundo, y su trabajo es mero acontecer de la naturaleza creada.

De la nada al Todo.

De hecho, ¿trabaja la persona, por muy racional que sea, con los ojos vueltos hacia tan lejano horizonte? Y al quedar absorbida en proyectos limitados, ¿no va haciéndose dueña del mundo, señora del universo? Hablar de que el trabajo sólo es tal si en él prevalece la dimensión infinita, ¿no es caer en falso espiritualismo y, en lo secreto, abogar por la maldecida y temible invasión frente a las realidades terrenas?

De otro lado, la persona halla que todo es deleznable. Al mirar hacia fuera, le falta dónde hacer pie; y al verse, tampoco se le oculta su propia debilidad. Ser señora del mundo y del propio destino, es dominar sobre cosas inconsistentes y actos inútiles. De ahí la desazón, la angustia, la náusea...

Pero pensar así es discurrir con mala fe; o, al menos, ignorar la luz en pleno día. El hombre nada elige con libertad, sin percibir en torno, y más en su interior, la firmeza genuina, debajo de esa otra firmeza que en las limitaciones cerradas queda corroída y se anula. El equívoco está en no distinguir las limitaciones cerradas de las abiertas. Para el hombre, todo puede abrirse, a pesar de que, en él y en el mundo, todo gima bajo límites que aprietan y reducen a la nada.

Todavía más: no hay libertad psicológica, sin conocimiento de algo que *es* y *vale* y *obliga*; pero de tal manera, que el ser, el valor y el deber son afirmados, por la persona libre, como exentos de toda relatividad o finitud.

No es posible juzgar que los seres limitados o las limitaciones «son», sin captar el «es» de algo que excluye cualesquiera fisuras,

que es antítesis absoluta de la nada y, con mayor razón, que no sólo existe en el terreno de las abstracciones. Nadie puede elegir, sin saberse envuelto y penetrado por esa realidad firme, ya que en toda elección descubrimos algo que «es» y queremos que algo «sea». Mas dicha realidad no es firme en el sentido de opresora, sino como los brazos que sostienen seguros al niño; ya que es negación de todo límite, ha de ser íntegra y perfecta, y por ello nos revela que, sin restricción alguna, «vale» y apoya todo valor. Por eso, además, experimentamos que nuestra libertad es llamada desde la altura, con voz —eco de todo bien— que pide respuesta incondicional, y que nuestra libertad se traiciona a sí misma y peca si rehúsa subir; notamos, en efecto, que algo, precisamente aquella realidad, nos «obliga» de modo absoluto.

Es fácil ver a la luz del mediodía; pero no tanto, percatarse de esa luz. Los objetos y el acaecer, variados y nunca del todo fijos, que la vida roza o arrastra, nos ocupan y sujetan, cual espectáculo que llena los ojos de imágenes y no deja beber la claridad.

El ambiente humano excede toda finitud, y su belleza y energía peculiares, las toma del infinito. El hombre, en el mundo visible, es el único ser que puede captar el alcance de las limitaciones: todo se esfuma en ellas, y todo es nada, si el infinito no está presente para comunicarse y prestar apoyo. La actividad solo es humana, si recibe de esa infinitud la fuerza y modelo para la propia vida y para la proyección sobre otras vidas y sobre las cosas.

Es oscuro, con todo, el origen divino de la claridad, valores y absolutos que dan sentido y eficacia a nuestras acciones. Los percibimos entre límites que los estrechan; a la vez, nada limitado los sostiene y explica, pues, sin duda, lejos de «ser» en parte, son lo que en puridad es, vale y obliga, y solo sus imitaciones son parciales e imperfectas; pero hay oscuridad, porque no puede nuestra razón ver nada, sin pegársele a los ojos las huellas de lo imperfecto, parcial y relativo, antes le es forzoso hacerlo, precisamente, por medio de tales huellas.

Mas, ahí, en sombras que son seres e imágenes rodeados de limitaciones, y de por sí iguales a la pura inexistencia, aparece que algo es ser, valor y causa del deber, en la acepción absoluta de estas palabras. No por intuirlo nosotros, sino porque negarlo equivale a admitir que nada es ni vale ni obliga, cuando, de modo inevitable, pensar y querer son, uno y otro, acto de afirmar el ser y adherirse a algún valor, valor cuyo grado es el grado mismo de obligación o deber.

Entre el valor y la culpa.

El niño llegado al uso de razón, se apoya, para el despliegue de su tierna y vacilante libertad, en la absolutos aquí aludida. Su problema, que es el de todo ser humano, asoma bajo cualquier actividad libre; pero resulta arduo para él, y aun para nosotros, captar ese problema desde el debido punto de vista y obtener la solución justa. No se trata de calcular como si tejiéramos con hilos que la mente palpa y mide; no podemos recoger los hilos en la mano, porque nos envuelven y rebasan en todas direcciones; hay

que traer del infinito valores y poder, darles entrada en la propia vida y dejar que la modelen y actúen desde ella.

La persona humana está, pues, entre el infinito, su único apoyo, y la participación del infinito a través de los actos libres, la cual queda bajo la decisión de la misma persona; posición de grave riesgo, al par que de posibilidades y honor parecidos a la riqueza divina. Hay peligro de usar el don y negarse a reconocer quién lo otorga; la participación es, en tal caso, cual suicidio, perpetrado con recursos vitales, pero que extingue la vida; el don, usado para alzarse frente al dador, pierde la viva imagen de aquél, y por eso no saca al hombre de la finitud; le hace, en el plano de la actividad libre, cual universo del que Dios estuviera ausente, mas cuyo completo no ser llevara el sello de un origen culpable.

El problema se reduce a cómo elegir a Dios de manera que Dios elija y señale el camino de la persona humana; sin que ésta rehúse el don de la libertad, antes se valga de él para admitir a Dios en los actos y darles así, en cuanto cabe, el valor y virtud de la actividad divina.

De alguna forma, siempre se acepta a Dios en los actos libres, pues la raíz de éstos es la tendencia al bien total; realizarlos es seguir una inclinación que sólo tiene sentido y existe como entrega —ora apropiada, ora indebida— a Aquel que es el Bien sumo. Sin esta adhesión, la persona quedaría a merced de los influjos; cual peso en el vacío, su trayectoria sería determinada y fatal, resultante de fuerzas limitadas, exteriores o internas. El hombre puede optar por el «sí» o el «no», porque el infinito, fulcro de la libertad, domina todos cuantos bienes hay en el sí y en el no.

Mas de nuevo se descubre el peligro que la educación ha de superar paso a paso: las decisiones rectas, que de hecho llevan al bien total, no surgen si la persona prefiere calmar por otros medios su sed de Dios. En este segundo proceder, el poder divino, comunicado al alma, brilla con fulgor de muerte, como fuego que destruye. Los educadores tienen que lograr otra imagen de Dios, la verdadera, en los actos libres del discípulo; imagen de rasgos fieles y además no sólo interiores, sino, como en Jesús —Dios que es carne—, impresos en la humilde materia.

Aunque varíe el curso de las reflexiones, siempre volvemos a esta verdad. Es que ella resume los fines de toda auténtica pedagogía,

y más los que deben presidir la educación orientada a relaciones y actividad laborales. Pero hacen falta ideas menos ambiguas.

Diálogo personal.

Las palabras «infinito», «absolutez», «bien total», y otras semejantes, casi no despiertan propósito alguno en la vida cotidiana. Tal sucede, porque la persona ha sido creada y existe para Alguien, y no, en definitiva, para algo.

Es decir, lo que no es centro de dinamismo espiritual, no colma nuestro ser; lo hondo y fuerte del hombre, ya desde niños, nos exige conocer y amar a Alguien que en sí reúna toda perfección, bondad y grandeza, y ser conocidos y amados de El; no hay «cosa» perfecta que baste, porque no es origen de actos espirituales ni, por tanto, perfecta. La persona humana, al ver que los límites son anverso del allende, real o posible, pero más y más perfecto, aspira a relaciones de persona a persona; quien está abierto por naturaleza al bien infinito, no puede ni debe reposar en bienes limitados, cual son todos los impersonales.

A este respecto, advirtamos el carácter personal de la absolutez que es base de los actos libres.

Para el hombre, según acaba de notarse, no hay apoyo firme y completo, no hay absolutez ni, por consiguiente, base de actos libres, sin Aquel que es el Todo y que, por serlo, encierra las perfecciones de la vida personal en grado infinito y puro. Ni basta creer a modo de ilusión, o de posibilidad, que existe tal Ser, pues faltaría la firmeza sin la cual no cabe optar entre cualesquiera bienes finitos, como lo hace quien posee libertad psicológica.

El ateo, al amparo de la dificultad que oscurece esta zona profunda de la vida racional, niega toda causa explicativa del poder que él mismo, al actuar libremente, conoce y aplica. Pese a la oscuridad, es cierto que sólo se es libre en la medida en que se recibe el poder de serlo, pues nada humano está exento de limitación y sí lo está el apoyo de la libertad; y es igualmente cierto que dicho poder nos viene por obra de Alguien que es plenitud de verdad y amor, pues, de lo contrario, la finitud del origen no dejaría superar las limitaciones que el acto libre rebasa.

Aquel que es plenitud de Verdad y Amor, sin duda es ser personal. De El provienen, como ha podido observarse, nuestra vida superior y todos los valores de que es posible enriquecerla. Por eso el trabajo, que, según vimos, es en primer lugar y por esencia

que traer del infinito valores y poder, darles entrada en la propia vida y dejar que la modelen y actúen desde ella.

La persona humana está, pues, entre el infinito, su único apoyo, y la participación del infinito a través de los actos libres, la cual queda bajo la decisión de la misma persona; posición de grave riesgo, al par que de posibilidades y honor parecidos a la riqueza divina. Hay peligro de usar el don y negarse a reconocer quién lo otorga; la participación es, en tal caso, cual suicidio, perpetrado con recursos vitales, pero que extingue la vida; el don, usado para alzarse frente al dador, pierde la viva imagen de aquél, y por eso no saca al hombre de la finitud; le hace, en el plano de la actividad libre, cual universo del que Dios estuviera ausente, mas cuyo completo no ser llevara el sello de un origen culpable.

El problema se reduce a cómo elegir a Dios de manera que Dios elija y señale el camino de la persona humana; sin que ésta rehúse el don de la libertad, antes se valga de él para admitir a Dios en los actos y darles así, en cuanto cabe, el valor y virtud de la actividad divina.

De alguna forma, siempre se acepta a Dios en los actos libres, pues la raíz de éstos es la tendencia al bien total; realizarlos es seguir una inclinación que sólo tiene sentido y existe como entrega —ora apropiada, ora indebida— a Aquel que es el Bien sumo. Sin esta adhesión, la persona quedaría a merced de los influjos; cual peso en el vacío, su trayectoria sería determinada y fatal, resultante de fuerzas limitadas, exteriores o internas. El hombre puede optar por el «sí» o el «no», porque el infinito, fulcro de la libertad, domina todos cuantos bienes hay en el sí y en el no.

Mas de nuevo se descubre el peligro que la educación ha de superar paso a paso: las decisiones rectas, que de hecho llevan al bien total, no surgen si la persona prefiere calmar por otros medios su sed de Dios. En este segundo proceder, el poder divino, comunicado al alma, brilla con fulgor de muerte, como fuego que destruye. Los educadores tienen que lograr otra imagen de Dios, la verdadera, en los actos libres del discípulo; imagen de rasgos fieles y además no sólo interiores, sino, como en Jesús —Dios que es carne—, impresos en la humilde materia.

Aunque varíe el curso de las reflexiones, siempre volvemos a esta verdad. Es que ella resume los fines de toda auténtica pedagogía,

y más los que deben presidir la educación orientada a relaciones y actividad laborales. Pero hacen falta ideas menos ambiguas.

Diálogo personal.

Las palabras «infinito», «absolutez», «bien total», y otras semejantes, casi no despiertan propósito alguno en la vida cotidiana. Tal sucede, porque la persona ha sido creada y existe para Alguien, y no, en definitiva, para algo.

Es decir, lo que no es centro de dinamismo espiritual, no colma nuestro ser; lo hondo y fuerte del hombre, ya desde niños, nos exige conocer y amar a Alguien que en sí reúna toda perfección, bondad y grandeza, y ser conocidos y amados de El; no hay «cosa» perfecta que baste, porque no es origen de actos espirituales ni, por tanto, perfecta. La persona humana, al ver que los límites son anverso del allende, real o posible, pero más y más perfecto, aspira a relaciones de persona a persona; quien está abierto por naturaleza al bien infinito, no puede ni debe reposar en bienes limitados, cual son todos los impersonales.

A este respecto, advirtamos el carácter personal de la absolutez que es base de los actos libres.

Para el hombre, según acaba de notarse, no hay apoyo firme y completo, no hay absolutez ni, por consiguiente, base de actos libres, sin Aquel que es el Todo y que, por serlo, encierra las perfecciones de la vida personal en grado infinito y puro. Ni basta creer a modo de ilusión, o de posibilidad, que existe tal Ser, pues faltaría la firmeza sin la cual no cabe optar entre cualesquiera bienes finitos, como lo hace quien posee libertad psicológica.

El ateo, al amparo de la dificultad que oscurece esta zona profunda de la vida racional, niega toda causa explicativa del poder que él mismo, al actuar libremente, conoce y aplica. Pese a la oscuridad, es cierto que sólo se es libre en la medida en que se recibe el poder de serlo, pues nada humano está exento de limitación y sí lo está el apoyo de la libertad; y es igualmente cierto que dicho poder nos viene por obra de Alguien que es plenitud de verdad y amor, pues, de lo contrario, la finitud del origen no dejaría superar las limitaciones que el acto libre rebasa.

Aquel que es plenitud de Verdad y Amor, sin duda es ser personal. De El provienen, como ha podido observarse, nuestra vida superior y todos los valores de que es posible enriquecerla. Por eso el trabajo, que, según vimos, es en primer lugar y por esencia

proyección de nuestro espíritu, tiene que enraizar en relaciones personales, de conocimiento y amor, estrechadas entre nosotros y Dios que nos conoce y ama.

Aquí aparece lo fundamental del amor recíproco entre Dios y el hombre: Dios nos hace libres, de forma que nuestros actos sean adhesión a El y así podamos amarle y lograr el bien sumo. El no queda tras de su don; y su don no es medio para la persona, porque es Dios mismo, origen de toda nuestra capacidad y fin supremo de las tendencias; Dios se da al hombre, y éste, aun siendo de por sí pura nada, logra, si quiere, el bien infinito, a través de sucesivas elecciones que son, cada una, entrega a dicho bien o, en otras palabras, retorno a Dios de la virtud divina otorgada al hombre.

Nuestra libertad no es Dios, pero sí divina, en tanto que nace sólo de El y se despliega amándole; El es el don, y efecto del don es nuestra libertad, que no existe sino vinculada a Dios y decae si ese vínculo no está penetrado de entrega amorosa. Los actos libres son aspiración hacia Aquel que es Bien y Amor infinitos; mas deben ir a El, no con el propósito —sacrílego y vano— de robarle el poder y alzar reducto opuesto, antes de modo que se dilate en la propia vida y encarne, a ser posible, en toda realidad terrena, el amor fiel y generoso, respuesta al que Dios nos tiene.

Trabajar ha de ser dar curso por estos cauces a nuestra vida superior. La expresión «relaciones personales necesarias al trabajo», recogida anteriormente en sentido desfavorable a la doctrina que nos ocupa, se presta, pues, a algún serio reparo: las relaciones personales, donde llegan a profundidad, valor y fuerza mayores, no son medio, sino fin; en lugar de ser ellas para el trabajo —y éste, para el bienestar— el trabajo debe ser campo de acción, y despliegue eficaz y progresivo, de un amor cuya existencia —más preciosa que cuanto somos— queda al alcance de nuestra libertad porque Dios nos ama.

Dios no podía hacernos, en el plano de la naturaleza, otra dádiva comparable: se nos da El y, por ser sincera la donación, nos capacita para que la aceptemos. La aptitud de las facultades superiores permite elegir a Dios, vivir con El relaciones de persona a persona y tenerle con nosotros, por inefable presencia de amor mutuo, más allá de los límites del tiempo; pero permite a la vez dominar la materia, y aun lleva consigo el deber de dominarla; no es lícito al hombre dejar que las fuerzas naturales solo actúen con recursos y directrices limitados, que se agoten dentro de la finitud; hemos de aplicarles la propia capacidad de infinito, o sea, de Dios. Esta proyección sobre la materia no impide que el trabajo, por sus objetivos más altos e ineludibles y por las energías rectoras que en él ejercemos, pertenezca a la vida superior humana; al contrario, las facultades del espíritu piden expan-

sión y soberanía; piden que todo sea nuestro, mas, de tal suerte, que nosotros no seamos nuestros, sino de Dios.

Los comienzos del diálogo.

El joven y el niño pueden percibir los lazos que unen la actividad personal a Aquel sin el cual nada seríamos, que nos ama y, desde lo íntimo de nuestro pensar y querer, nos llama a sí. Quizá esté el educando más abierto aún que el educador y reciba mejor que él la luz de verdades tan elevadas, pero tan próximas al alma hecha para Dios; porque los años enseñan la «práctica de la vida», y esa práctica, cual solemos entenderla, es mísera y detestable.

La educación ha de ser unificadora de energías; su influjo debe introducirse en la libertad del discípulo como Dios en la nuestra, a saber, no para oprimir, sino para que el ser humano logre romper las limitaciones y llegar a la plenitud. La educación tiene que penetrar, pues, todos los aspectos del vivir, aunarlos en el valor y poder del espíritu y suscitar así la respuesta de adhesión durable y efectiva al Dios que se da a nosotros y espera nuestra libre decisión.

Sólo se lleva a cabo ese cometido, es decir, sólo se educa de forma auténtica, al suprimir la separación que afecta a la parte más íntima de la persona y envilece los actos libres: la escisión del yo frente a Aquel sin el cual nada seríamos. El educando ha de ver a Dios, no cual cosa que produce bienes, ni siquiera como alguien que, desde lejos, convive con él, sino como Ser personal que es todo perfección y el más amable, y tan allegado a la persona humana, que, aun desde el punto de vista de nuestro yo, los valores, la felicidad y la propia existencia «míos» son solo imagen suya y no tienen mayor categoría que la de imagen.

Al niño y al joven les es preciso mirar los bienes individuales, de cualquier orden que éstos sean, no cual realidad que está fuera de Dios o solo vinculada a El, sino como algo divino en la medida en que vale y existe, y sin realidad ni valor en la medida en que no es divino. En especial la vida inteligente y libre, que fluye de lo más personal y noble, debe considerarse vacía, opaca y muerta, si se desarrolla centrada en lo que el ser humano tiene de solo individual; porque los actos de las facultades superiores exigen, por naturaleza, salir de la finitud, y lo exclusivo de la persona humana frente a Dios, es el estar cerrada en límites o, más exactamente, el no existir y ser pura nada.

proyección de nuestro espíritu, tiene que enraizar en relaciones personales, de conocimiento y amor, estrechadas entre nosotros y Dios que nos conoce y ama.

Aquí aparece lo fundamental del amor recíproco entre Dios y el hombre: Dios nos hace libres, de forma que nuestros actos sean adhesión a El y así podamos amarle y lograr el bien sumo. El no queda tras de su don; y su don no es medio para la persona, porque es Dios mismo, origen de toda nuestra capacidad y fin supremo de las tendencias; Dios se da al hombre, y éste, aun siendo de por sí pura nada, logra, si quiere, el bien infinito, a través de sucesivas elecciones que son, cada una, entrega a dicho bien o, en otras palabras, retorno a Dios de la virtud divina otorgada al hombre.

Nuestra libertad no es Dios, pero sí divina, en tanto que nace sólo de El y se despliega amándole; El es el don, y efecto del don es nuestra libertad, que no existe sino vinculada a Dios y decae si ese vínculo no está penetrado de entrega amorosa. Los actos libres son aspiración hacia Aquel que es Bien y Amor infinitos; mas deben ir a El, no con el propósito —sacrílego y vano— de robarle el poder y alzar reducto opuesto, antes de modo que se dilate en la propia vida y encarne, a ser posible, en toda realidad terrena, el amor fiel y generoso, respuesta al que Dios nos tiene.

Trabajar ha de ser dar curso por estos cauces a nuestra vida superior. La expresión «relaciones personales necesarias al trabajo», recogida anteriormente en sentido desfavorable a la doctrina que nos ocupa, se presta, pues, a algún serio reparo: las relaciones personales, donde llegan a profundidad, valor y fuerza mayores, no son medio, sino fin; en lugar de ser ellas para el trabajo —y éste, para el bienestar— el trabajo debe ser campo de acción, y despliegue eficaz y progresivo, de un amor cuya existencia —más preciosa que cuanto somos— queda al alcance de nuestra libertad porque Dios nos ama.

Dios no podía hacernos, en el plano de la naturaleza, otra dádiva comparable: se nos da El y, por ser sincera la donación, nos capacita para que la aceptemos. La aptitud de las facultades superiores permite elegir a Dios, vivir con El relaciones de persona a persona y tenerle con nosotros, por inefable presencia de amor mutuo, más allá de los límites del tiempo; pero permite a la vez dominar la materia, y aun lleva consigo el deber de dominarla; no es lícito al hombre dejar que las fuerzas naturales solo actúen con recursos y directrices limitados, que se agoten dentro de la finitud; hemos de aplicarles la propia capacidad de infinito, o sea, de Dios. Esta proyección sobre la materia no impide que el trabajo, por sus objetivos más altos e ineludibles y por las energías rectoras que en él ejercemos, pertenezca a la vida superior humana; al contrario, las facultades del espíritu piden expan-

sión y soberanía; piden que todo sea nuestro, mas, de tal suerte, que nosotros no seamos nuestros, sino de Dios.

Los comienzos del diálogo.

El joven y el niño pueden percibir los lazos que unen la actividad personal a Aquel sin el cual nada seríamos, que nos ama y, desde lo íntimo de nuestro pensar y querer, nos llama a sí. Quizá esté el educando más abierto aún que el educador y reciba mejor que él la luz de verdades tan elevadas, pero tan próximas al alma hecha para Dios; porque los años enseñan la «práctica de la vida», y esa práctica, cual solemos entenderla, es mísera y detestable.

La educación ha de ser unificadora de energías; su influjo debe introducirse en la libertad del discípulo como Dios en la nuestra, a saber, no para oprimir, sino para que el ser humano logre romper las limitaciones y llegar a la plenitud. La educación tiene que penetrar, pues, todos los aspectos del vivir, aunarlos en el valor y poder del espíritu y suscitar así la respuesta de adhesión durable y efectiva al Dios que se da a nosotros y espera nuestra libre decisión.

Sólo se lleva a cabo ese cometido, es decir, sólo se educa de forma auténtica, al suprimir la separación que afecta a la parte más íntima de la persona y envilece los actos libres: la escisión del yo frente a Aquel sin el cual nada seríamos. El educando ha de ver a Dios, no cual cosa que produce bienes, ni siquiera como alguien que, desde lejos, convive con él, sino como Ser personal que es todo perfección y el más amable, y tan allegado a la persona humana, que, aun desde el punto de vista de nuestro yo, los valores, la felicidad y la propia existencia «míos» son solo imagen suya y no tienen mayor categoría que la de imagen.

Al niño y al joven les es preciso mirar los bienes individuales, de cualquier orden que éstos sean, no cual realidad que está fuera de Dios o solo vinculada a El, sino como algo divino en la medida en que vale y existe, y sin realidad ni valor en la medida en que no es divino. En especial la vida inteligente y libre, que fluye de lo más personal y noble, debe considerarse vacía, opaca y muerta, si se desarrolla centrada en lo que el ser humano tiene de solo individual; porque los actos de las facultades superiores exigen, por naturaleza, salir de la finitud, y lo exclusivo de la persona humana frente a Dios, es el estar cerrada en límites o, más exactamente, el no existir y ser pura nada.

El trabajo de nuestros discípulos ha de ser, ya desde los comienzos, ejercicio de esta capacidad y obligación que el hombre tiene de rebasar las limitaciones y unirse estrechamente y como persona a Dios.

Es claro que, al nacer la intimidad del adolescente, resulta más fácil que en la niñez orientar así el trabajo y toda la actividad inteligente y libre; pero es de igual modo indudable, que ya el niño, llegado al uso de razón, puede recibir y apropiarse la verdad de que sus actos, en lo que tienen de bueno y ventajoso, le pertenecen menos que a Dios.

Esta dimensión subjetiva del trabajo —trátese de estudio o de cualesquiera otras ocupaciones que tiendan hacia algún bien material— debería acentuarse más en la educación. Se habla a los alumnos de las aplicaciones que tal o cual disciplina tiene, y se repite que tales otras, a pesar de ser menos utilitarias, poseen notable valor formativo; pero, al exponer las conocidas razones en pro de la utilidad o excelencia, suele dejarse en olvido lo que siempre ha de estar ante los ojos. Las aplicaciones objetivas que el estudio ofrece, y la destreza mental, visión equilibrada y comprensiva de hechos y personas, facilidad de adaptación y demás aspectos formativos que por lo común se hacen resaltar, no colman las facultades superiores y, a menudo, no les dan siquiera dominio sobre los actos.

En otros términos, el educador, no pocas veces, atiende a los fines próximos de la actividad y no va más lejos. De este modo, desmenuza lo mejor de las aptitudes humanas, y lo siembra a lo largo de los días sobre suelo duro y estéril. Los actos inteligentes y libres no valen solo por ir dirigidos a ciertos fines particulares, sino, en primer lugar, porque rebasan todo límite y llegan a Dios; el fin supremo y último no está difuso entre nieblas de lejanía, pues Dios es autor y fin de los actos, siempre que, realizados por la persona humana, superan los límites materiales en cuanto a ser y valor. Por eso, la principal faceta subjetiva del trabajo, o sea, lo que en él hay de razón y libertad, es lo que más ha de exponerse al discípulo; pero no a medias, sino mostrándole cómo Dios es ahí el todo, o, con mayor exactitud, «mi» modo y el «tuyo» y el de cada cual; al decir «yo», si con ello se expresa lo que en mí «es» y «vale», se nombra a Dios más que a mí.

Ofrecer el trabajo a Dios, es, con frecuencia, dar puesto reducido a Aquel que todo lo ocupa; es sumirse en proyectos limitados, cual si tuvieran alguna absolutez al margen de Dios, y unirlos a El con relaciones —tenues o fuertes—

que van de allí donde acaba lo «mío» a donde El está. Según ha podido observarse, trabajar de esta suerte es adoptar actitud errónea. Como educadores, debemos grabar en las almas libres de los discípulos la verdad clara y fecunda de que yo, igual que tú y los demás, no «soy» primero, y después «soy para Dios», sino que primero «soy para Dios», y sólo «soy» merced a este vínculo. La actividad ha de ser así encauzada, pues tal exigen su Causa absoluta y el ser del hombre; lo cual, recordémoslo todavía, no es evadirse de las realidades terrenas, es asumir a fondo la obligación de divinizarlas.

Entre personas humanas.

La relación personal que va del hombre a las cosas para traerlas más al ámbito de Dios, y la que nos une a El, no son, en manera alguna, las solas relaciones personales que han de penetrar el trabajo.

Dios no se da únicamente a mí. Sin duda, no me es posible llegar al interior de la libertad ajena, para advertir, con inmediatez, que existe como la mía. Pero, junto a mí, veo seres que actúan guiados por la razón; las obras de ellos me superan, más que todos los manantiales a uno solo, apenas perdonado por el estiaje. Ahora bien, la razón es principio de actividad libre, porque, al trascender la finitud, el ser racional domina sobre cualquier decisión finita. Coexisto, pues, con personas a quienes Dios ama igual que a mí; les da libertad, fruto de otra dádiva mayor, que es El mismo; El se entrega y, con el poder de realizar actos libres, dota a los agraciados para aceptar la entrega y tenerle consigo en estrechos lazos de amor personal.

Por eso mi propia actividad ha de ser, en su núcleo, amor fraterno que va desplegándose eficaz y generoso. Si Dios ama a todo hombre igual que a mí, no me es lícito buscar el propio bien con preferencia al de mi prójimo; y no hay persona alguna, de cuantas viven sobre la tierra, que no sea mi prójimo, pues a todas se entrega Dios. La actitud de Dios respecto de mis hermanos, ha de ser también la mía. El les ama a todos, no sólo a algunos; el pecado es perversión de lo que El otorga al hombre como recurso para poseerle. Por tanto, yo debo amarles y traducir ese amor en donación efectiva. Proceder de forma diversa, sería considerarme ser que, ante todo, «es» y se traza el camino; mas, de hecho, todo en mí, excepto el mal y las demás limitaciones, es «ser para Dios».

De otro lado, el amor fraterno que me obliga, obliga también a todos los hombres. Nuestras vidas han de completarse unas a otras, no por mera justicia, sino imitando a Aquel que, sin poder adquirir nada de nosotros —ya que es infinito—, se nos da y quiere unirnos a Sí personalmente. No hay duda, pues, de que

el trabajo, lejos de asociar sólo intereses afines o comunes entre varios individuos, exige relaciones personales de amor fraterno.

Cultivo del amor y del trabajo.

En muchos casos, el educador reduce las debidas relaciones interhumanas a precioso ornato, y no más, de la educación.

Buscar fines referidos de manera totalmente exclusiva a este o aquel educando, no es ejercer influjo educativo; es prestar ayuda a fuerzas que atan dentro de la finitud y el mal. La educación requiere que maestro y escolares unan la propia actividad a la ajena, y procuren el bien de cada persona a la vez que el peculiar de uno mismo y a través del bien individual del prójimo. No basta cuidar sólo de sí, ni promover el bien de otros en forma abstracta y no personal, pero tampoco dejar que nuestros hermanos tiendan a sus fines respectivos sin colaborar mutuamente; al disponerlos para el logro de lo suyo, hemos de abrir sus almas al amor recíproco, eficaz y más presto a darse que a recibir. Educar de este modo, no es olvidar las diferencias entre la vida seglar y la de perfección; es «educar», sencillamente, a menos que lo antes visto sea falso y que el Evangelio sea también erróneo.

Los educandos deben habituarse, pues, a colaborar entre sí; y toda emulación opuesta, tiene que desterrarse en absoluto, porque va contra lo esencial de la educación.

Aclaremos, todavía, que colaborar no ha de ser juntar esfuerzos nacidos de propósitos egoístas; no ha de ser principalmente medio, sino más bien fin. Las ventajas que resulten de la unión, aunque muy apreciables, deben ser para estrecharla, y como pasos que la lleven más allá de los límites; el auténtico fin está en que esa unión llegue a ser respuesta amorosa de todos y de cada uno, sincera, progresiva y cabal, al Amor que se entrega a nosotros; respuesta que no sólo se da a Dios directamente, sino también a lo divino de nuestros hermanos, es decir, a todo lo que ellos son y en ellos hay, excepto lo que cierra la entrada a Dios.

Además de ingenuo y torpe, es ilícito que la persona acepte las deficiencias del prójimo sin voluntad efectiva de remediarlas. Por eso, la colaboración del educando no debe ser solo receptiva; hay que disponerle a asentir, pero no es menos preciso formarle para luchar; y, entre la adhesión y la lucha, tiene que ser capaz de iniciativas, de poner reparos y discutir, ha de llevar a término con firmeza sus propósitos, influir y arrastrar.

Por otra parte, la unión de amor fraterno es poco más que ilusoria, si no promueve, merced al trabajo, el dominio sobre las realidades terrenas, de modo que las personas logren, cada vez con eficacia mayor, los objetivos necesarios para el fin último.

Mas, de por sí, ni el luchar ni el sumirse en la búsqueda de fines terrenos, divergen del amor a los hermanos: trátase de suprimir lo que va contra la unión verdadera, de ahondarla y traducirla en todos los aspectos de la vida humana. Lo que importa, es que los discípulos, al proyectar y esforzarse, sugerir, ceder u oponerse, realizar las tareas materiales impuestas al hombre, y bajo toda actividad, se desaten progresivamente del egoísmo; o sea, contribuyan, más y más, a unir a los hombres en Dios. El primer y máximo precepto de la Ley y el otro precepto, el de Cristo, todo lo abarcan.

Las ideas en que no late o aparece la personalidad religiosa, moral y aun humana del educador, apenas valen para plasmar así las almas de los niños y jóvenes. La acción educativa confiada al maestro y la que ellos mismos ya ahora han de ejercer, son de tipo vital —sin la ganga materialista que suele encerrarse en este concepto— más que de tipo nocional. Para suscitar la entrega a Dios, hay que tener a Dios consigo y dejar que El sea centro de la propia vida; desde ahí, a través de actos libres que El penetra, llega su voz al alma del prójimo, no cual sonido o simple imagen, sino como respeto, apertura a los problemas, al dolor y al gozo de los hermanos, ayuda que no esclaviza, valores palpables, inmediatez de quien colma los más fuertes anhelos del hombre.

La respuesta del prójimo que, al percibir la voz, asiente, es nueva llamada. Otros habrán de recibirla y adherirse también a ella. Tal forma de propagar el amor a Dios y a los hermanos, hecha luz y principal energía del trabajo y de toda la actividad, es la única adecuada; y, de otro lado, es la única y total solución de las cuestiones gravísimas que en torno al trabajo se plantean.

Quede al menos, de las observaciones aquí anotadas, que la entera cuestión social ha de empezar a resolverse en la niñez. No empezar a resolverla nosotros, los educadores, es admitir —y hacer— que siga planteada y termine en trágico desenlace.

Jaime CASTAÑÉ, F.S.C.